

—¿Qué es esto, Sr. Panzahenchida? ¡V. acostado en el suelo? ¡Ha vendido vd. todos los muebles de la casa?

—Me han robado, amigo D. Simón.

—¿Han robado á vd?

—Sí; y Panzahenchida contó al Sr. Cachaza, que le estuvo escuchando con cachaza, cuanto le habia pasado.

—Ya esperaba yo que le habia de suceder á vd. un chasco semejante. Amigo mio, el hombre solo está vendido; los criados le roban, las lavanderas le engañan, y las mujeres le roban y le engañan. Cásese vd., amigo mio, cátese vd.: A cierta edad, el hombre necesita una compañera que le cuide con esmero en sus enfermedades.

—Si, porque las manos de lija de los criados son insufribles. Pero tengo yo tanto miedo á ese lazo eterno...

—Deje vd. ese temor pueril; yo he envidiado tres veces y me vuelto á casar otras tantas; así es que yo hablo con experiencia: el estado del matrimonio es el mas feliz, y le aseguro á vd. que si volviera á envidiar por cuarta ocasion, me volveria á casar por conveniencia propia, por economia y por disfrutar de esa tranquilidad que solo en el santo matrimonio se encuentra.

Al concluir estas palabras se abrió la puerta, y entró un mozo con una carta, que se la entregó á D. Bartolo de parte de Consuelito. Despues de haberla leído pidió un tintero, escribió algunos renglones y le dijo al portador:—Vé á la calle de N. núm. 4 y entrega á D. F. este papelito, por el cual te dará los 200 ps. que me pide Consuelito.

El mozo partió inmediatamente, y á la media hora de haber él salido, entró D. Félix desesperado.

—¿Qué tiene vd., D. Félix, que viene vd. de mal humor?

—Sr. Panzahenchida, le voy á vd. á hablar con franqueza Consuelito le es á vd. infiel.

—¿Será posible!...

—Si; jamás le habiera descubierto á vd. este secreto, pero al ver hace un momento, salir de su casa á un jóvon cuya conducta depravada me es muy conocida (hablaba del que pasaba por primo), me ha parecido que debia romper ese silencio y decir á vd. que la persona de quien hablé á vd. anoche que habia sustituido á la vindita, es Consuelito.

—¿Consuelito!... Este desengaño va á costarme la vida! dijo D. Bartolo abrumado con el peso del dolor.

—Consuélese vd., amigo mio, le dijo D. Simón: este golpe será causa de que vd. se reconcilie con el matrimonio y de que sea vd. feliz para siempre.

—Resuelto estoy: ya no quiero

Recibir otro fracaso:

Renuncio ya á ser soltero:

Amigo mio, en Enero

Le juro á vd. que me caso.

¿Qué tarde la he conocido

A la infiel!... ¡Terrible caso!

Mas pues estoy decidido,

Quien me quiera por marido

Segura esté que me caso.

¡Terme á mi por tan bruto

Y de pudor tan escaso

Que sufriera un sustituto!...

¡No soy para amante astuto?...

Pues bien, señores, me caso.

Me caso, si, D. Simón:

Ya quiero dar este paso

Y salir de solteron;

Amo ya de corazon

El matrimonio, y me caso.

NICETO DE ZAMACOIS

SANTA-ANNA Y LOS CABALLEROS,

6

AMBICION Y FARSA.

—¿Qué, vas á escribir algun artículo en que immortalices el nombre del héroe de cien batallas, y que renunciando á las comodidades del hogar doméstico, como dicen los independientes del Universal, viene á sacrificarse por elevar su patria á la altura que le corresponde?

—Precisamente; y voy á empezar por lo acertado que ha estado en decretar que se le dé el nombre de Alteza Serenísima, y de resucitar la orden de Guadalupe, haciendo caballeros que den prestigio á la autoridad, que según los independientes del Universal, nadie respetaba. ¿Qué te parece!

—Me parece que el título de Alteza y república concuerdan tanto como baile de máscaras y mortaja, y que no ha tenido presentes aquellas palabras que D. Lucas Alaman trae en su historia; donde dice que “el título de alteza ha sido siempre fueusto para el que no ha nacido en las gradas del trono.”

—Por eso Santa-Anna, que todo lo prevé, ha dado vida á esa orden de Caballeros, para que la influencia que éstos tienen en el pueblo, sirva para consolidar su nuevo título.

—El pueblo respetar á estos caballeros! ¿Ignoras que la creación de esa orden la vió la nación desde el principio, como una farsa ridícula? Lee á D. Lucas Alaman, y verás que la primer vez que se presentaron esos caballeros, recién hecha la independencia, el público se reía de ellos, y que les dió el apodo de *huehuenches* por la semejanza que con sus mantos, ridículos sombreros y largas plumas, tenían con los indios que danzan en la fiesta que cada año se hace á la Virgen. Además, ¿qué respeto quieres que causen unos hombres, á quienes exceptuando unos pocos, ha sacado de la basura para llenarlos de títulos que están en contraste con sus hechos?

—Esa es otra de las gracias de Santa-Anna; sacar de a basura tantos caballeros cuantos él quiera, para que vestidos de vistosas plumas y largos mantos, puedan dar brillo á su persona y vivir del erario nacional, llevado de aquella piadosa máxima cristiana que dice, *vestirás al desnudo y darás de comer al hambriento* (1).

—Sí; pero para vestir á esos desnudos y dar de comer á esos hambrientos, desnuda á siete millones de habitantes de todo cuanto tienen, haciéndoles pagar contribuciones hasta por el aire que respiran, por la luz que les alumbra, y por la clase de alimentos que comen.

—Pues todo eso no es sino una medida precautoria para que se vayan acostumbrando los ciudadanos á vivir sin comer (ventaja de inestimable precio) cuando los impuestos sean superiores á lo que ganen, y puedan vivir á oscuras en el gobierno conservador que piensa establecer, para conservar la conserva, extraída de los bolsillos de sus compatriotas.

—En vano tratas de defender la mala causa que has abrazado; y si no dime, ¿qué paso salvador fué el de formar caballeros antes de tener hacienda y un sistema de gobierno que ofreciese garantías? ¿No tendrías por un loco al archi-

[1] Uno de los artículos dados por Santa-Anna respecto á la orden, señalaba un sueldo á las personas que nombrara caballeros y que no tuvieran bienes de fortuna.

tecto que se entretuviere en construir doradas almenas sobre un edificio amenazando ruina y falto de cimientos!

—Sin duda que sería una locura de a folio

—Pues ahí tienes á Santa-Anna gastando en oropel para traje de máscaras, el oro sacado del sudor del laborioso artesano, del honrado hacendado y de todos los individuos oprimidos por él.

—¿Y cómo podrás defender la villana acción que ha cometido desterrando y poniendo en prisión á los valientes oficiales del batallón de Independencia que por tres veces rechazaron en Churubusco al pérfido invasor? ¿Ese odio á la guardia nacional, que hizo sin paga alguna el sacrificio de sus vidas, haciendas y familia, era el premio, la recompensa que merecían los que preferían la muerte á la ignominia de ser esclavos? No; ese odio solo revela una alma mezquina y envidiosa que no puede soportar que otros brillen cuando él no tiene las virtudes ni el valor necesario para inmortalizar su nombre. No hubiera pisado con su inmundicia la planta el norte-americano las calles de Méjico, si Santa-Anna, por una refinada envidia, no hubiera dejado perecer á la división que mandaba el general Valencia en Padierna, y le hubiera socorrido con las muchas tropas que á sus órdenes tenía. ¿Y qué otra cosa, sino esa envidia, funesta siempre para la nación, le impulsó á quitar el mando al valiente general Yañez, que con un puñado de hombres derrotó á los filibusteros acudillados por Raousset, dando una prueba al mundo de que los mejicanos tenían sobrado valor en las batallas y excesiva generosidad con los vencidos? El comportamiento del general Yañez, de que tan pocos ejemplos hay en la historia y que honraria á cualquiera nación, solo alcanzó por premio el que lo arrinconara Santa-Anna en un miserable pueblo, para borrar así aun la memoria del triunfo de las armas nacionales.

—Juzgas muy severamente al héroe del Pánuco.

—No sino con justicia. Santa-Anna es un buscador de oro que jamás ha pensado hacer la felicidad de su patria. ¿Qué necesidad habria sino de vender en 10 millones de duros la Mesilla con todos sus habitantes como si bestias fueran de alguna hacienda de su pertenencia?

—La necesidad de adquirir oro, que es objeto de mas valor que terrenos de tierra. ¿Qué hacia él conduciendo un cargamento de lodo al banco de Londres, en vez de los diez millones que ahora podrá enviar?

—¿Pero en premio de qué méritos le pertenecen esos diez millones?

—Toma! En premio de haber tenido la condescendencia de abandonar el hogar doméstico y venir á sacrificarse,

tomando sobre sus hombros la pesada carga de regir los destinos de esta ingrata nación. Y no es ambicioso en esto. Él ha valorizado sus sacrificios en diez millones que ha producido la Mesilla y en otros diez que le habrán dado las contribuciones que ha impuesto á los pueblos; lo cual no es mucho si comparamos con lo que seguirá cobrando si por algun tiempo sigue aumentando sus sacrificios.

—Si él los valoriza, pronto será preciso vender toda la República, y seguro estoy de que le quedaremos debiendo algun pico.

—Y bien lo merece; porque un hombre á quien bajaban á saludar las águilas imperiales cuando marchaba á combatir contra el general Alvarez, no puede ser sino un santo á quien el cielo protege.

—O un malvado que vive de engaños y mentiras, santificados por los pedagogos y aduladores que insultan al sentido comun de los pueblos, considerándolos como hotentotes. Esa águila imperial que se asustó con los tiros con que recibieron al héroe, y que huyendo de la jaula en que la criaron, fué á caer entre las tropas de Santa-Anna, vendrá á ser para los pueblos un cuervo que les sacará los ojos, las pesetas y los pesos áuros. ¡Y creés tú que si hubiera libertad de imprenta pasarían sin ridiculizarse esos absurdos que publican los periódicos que maman ensalzándolos, y los cuales al ser leídos en otros países nos degradan y nos envilecen!

—Deja, que la historia de la campaña del Sur, que está encargado de escribirla el ilustre literato y ayudante D. Emilio Rey, probará al mundo que Santa-Anna. . . .

—Sólo con un ejército brillante y con grandes aprestos militares á sitiar Acapulco, y que despues de manifestar su ningun talento militar, volvió derrotado á la capital, donde los aduladores le levantaron un arco triunfal que poco despues vino á tierra al impulso del viento, haciéndose pedazos la colosal estatua de yeso de Santa-Anna que estaba encima; cuyo último accidente dirá el historiador que significa que su héroe cuanto mas lo elevan mas se humilla.

—Sin duda.

—Pues él dirá lo que quiera; pero lo que yo te digo á tí es que has elegido mala época para ensalzar al *ilustre desterado de Cartajena*.

—Por qué?

—Porque ve el horizonte político muy oscuro y trata de ponerse en salvo.

—¿Qué disparate! Santa-Anna, como asegura el Universal, jamás huye ante el peligro: su voluntad es de hierro, y sabe luchar hasta perecer en la demanda, como lo atestigua...

—Como lo atestigua su fuga, cuando dejando entrar á los

norte-americanos en Méjico, dejó abandonado á todo su ejército á una legua de la capital, para ir á gozar tranquilamente de los millones que le produjo la misma llamada "Contribucion para la guerra de Tejas." Él á lo humano y su esposa á lo divino, visitando y profanando los conventos, han puesto á contribucion el uno á todos los ciudadanos y la otra á todas las monjas, de quienes recibió alhajas de gran valor, y no escapularios y disciplinas.

—¿Y qué es cierto que ha salido ya ella para Veracruz?

—Si; la envia por delante en compañía de la conducta, en que lleva algunos millones, custodiados por los que por él combaten, y á quienes en pago los abandonará dejándolos comprometidos.

—Pero si él acaba de dar una circular amenazando con severos castigos á los que se atrevan á proferir ni una palabra respecto á viaje

—Lo cual prueba, dijo entrando en aquel momento un amigo de ambos, que no le llega la camisa al cuerpo, y que trata de huir cobardemente sin que nadie lo anuncie.

—¿Cómo! le pregunté. ¿Has oído!....

—Toda vuestra conversacion; y he conocido tu credulidad en pensar que Santa-Anna haya abrigado jamás el noble pensamiento de hacer la felicidad de su patria. ¿Cuál ha sido su conducta desde que ha subido á un poder usurpado? Desterrar á los pacíficos ciudadanos que no pensaban como él; encarcelar á los que han nacido libres, solo porque se quejaban de la despótica tiranía que ejercia; perseguir de muerte á los que lucharon en Churucusco, solo por no ceder esta gloria á los paisanos; prohibir los apuntes para la historia, únicamente porque se ensalzaba, cual merecia, á la guardia nacional, calificándolos por el sabio ministro Aguilar, por *borron de la literatura del país*; suspender la representacion de una comedia representada cinco veces con aceptacion del público, solo porque en ella se elogiaba á ese batallon de Independencia, que él con tanto encono ha perseguido, calificándola tambien el sabio ministro Aguilar, en cuyo corazon jamás ha brotado una chispa de patriotismo; pagar el espionaje; premiar la denuncia, acabando así con los sentimientos de moral; arrancar de sus hogares á los padres de familia para colocar en sus hombros un fusil para que le defendieran; fusilar á los que no pudiendo sufrir su tiránico yugo, se levantaron para salvar á la nacion y no fuera vendida provincia por provincia como lo fué la Mesilla, solo para aumentar sus millones y enriquecer á toda su familia; enriquecer á los agiotistas y empobrecer á los pueblos; imponer contribuciones hasta por la luz, y entretenerse con farsas de carnaval, creando caballeros sañados de la basura, excepto uno que otro.....

—Silencio, por Dios, que las paredes oyen.
—Ya se acabó el temor: las armas de los libres triunfan por todas partes: la causa del tirano está perdida, y solo trata de poner en salvo los millones que ha arrancado á la patria para huir cobardemente ante el peligro, dejando abandonados á los que fielmente le han servido.

—¿Será posible?

—Sí; toda esa tropa que ha enviado hácia el camino de Veracruz, no es para otra cosa mas que para que escolte su dinero y le guarde la retirada. Pero me voy, porque me están esperando algunos amigos para tratar de ver cómo secundamos aquí el plan proclamado por las tropas libertadoras. Adios. Y se salió precipitadamente.

—Sin embargo, yo creí que todo aquello no fuera otra cosa sino deseos de mejorar de situacion; pero ¿cuál fué mi sorpresa, cuando á los pocos dias, dirigiéndome al portal, y encontrándome con él me dijo:

—¿Qué te dije? voló el pájaro á las dos de esta mañana.

—No me engañas?

—No; puedes ponerlo en tu calendario, que sin pertenecer á ningún partido, ha atacado la injusticia donde quiera que la ha encontrado; y ya que combatir los abusos es tu divisa, ridiculiza cuanto puedas un gobierno introducido por la farsa, sostenido por la tiranía, y acabado por un sainete.

—¿Y qué se piensa hacer?

—Mañana se reúnen todos los verdaderos patriotas en la Alameda, y allí verás, si quieres asistir, de lo que se trata.

—Te lo prometo; y efectivamente, al día siguiente, á eso de las tres de la tarde, me dirigí á la Alameda, donde estaba reunido un inmenso pueblo, y todos los patriotas que por causas políticas habían sido puestos en prision. Aquel acto fué solemne, y como quiera que mi pluma no lo podría pintar con la exactitud que requiere, me valdré de las palabras del periódico "La Verdad" que con tanto acierto nos ha dado la relacion de todo lo acaecido en ese memorable dia. He aquí cómo pinta los hechos.

ACONTECIMIENTOS NOTABLES DEL DIA 13 EN ESTA CAPITAL.

Desde la mañana de este dia se reunieron en la Alameda multitud de personas, entre las cuales se hallaban muchas de

las que habian sido arrestadas por sus opiniones políticas, y las cuales de orden del Exmo. Sr. gobernador fueron puestas en libertad. Algunas de entre ellas leyeron en alta voz el Plan de Ayutla, la acta de la guarnicion, algunas proclamas y la acta levantada allí mismo. Dicha acta fué suscrita por multitud de personas. Despues de varias peroraciones, se invitó á los concurrentes á que en el mejor orden se dirigieran á la casa del Exmo. Sr. Gobernador, el cual ya habia sido trasladado en triunfo al palacio municipal. En la plaza principal victorearon multitud de grupos al Sr. gobernador y á la guardia nacional; muchos individuos de entre ellos se agolparon á las puertas del palacio en la creencia de que inmediatamente se les iban á entregar armas. Hasta este momento no se habia notado gran desorden; mas un incidente llegó á poner en confusion y gran peligro á todas las personas que se hallaban en la plaza: un diurno, no sabemos por qué causa, llegó á hacer armas contra álguien, y en el momento una multitud se lanzó contra él arrojándole piedras: procuró refugiarse entre la guardia que custodiaba la puerta llamada del presidente, mas esto no fué bastante para que los que le perseguian se contuvieran; por consiguiente las piedras llegaron hasta los soldados de la guardia, la cual inmediatamente hizo fuego sobre todos los que se hallaban frente á la dicha puerta. Esto exaltó los ánimos de tal manera, que tan luego como pasó la primera impresion, se arrojaron sobre la guardia multitud de personas tirándole piedras; en el acto fué cerrada la puerta, y pocos momentos despues se presentó de nuevo la guardia con una pieza de artillería. La exaltacion fué tal entonces, que muchos iban á arrojarse de nuevo sobre la guardia y los artilleros; pero habiendo contenido á la multitud algunas personas notables, y retirando los artilleros su pieza, á poco se contuvo la plebe y cesó la confusion.

Algunos de los grupos que recorrian las calles, se dirigieron á la imprenta del *Universal*, forzaron las puertas y destruyeron cuanto se les presentó; no quedó una sola máquina útil, y aun los papeles é impresos fueron arrojados á la calle.

Los muebles de las casas del ex-ministro Bonilla fueron arrojados por los balcones é incendiados con sus coches, en la calle. Igual suerte corrieron los de la casa de Santa-Anna, los de la casa de Lizardi, Lares y otras.